

LA CIENCIA Y LA VERDAD DIVINA Y HUMANA

La verdad divina y la ciencia.

«Tenemos el deseo común de superar malentendidos y, más aún, de dejarnos iluminar por la única Verdad que gobierna el mundo y guía la vida de todos los hombres y mujeres. Estoy cada vez más convencido de que la verdad científica, que es en sí misma participación en la Verdad divina, puede ayudar a la filosofía y a la teología a comprender cada vez más plenamente la persona humana y la revelación de Dios sobre el hombre, una revelación completada y perfeccionada en Jesu-cristo».

JUAN PABLO II: Discurso a los participantes en un encuentro organizado por la Academia pontificia de ciencias, 10 de noviembre. *L'Osservatore Romano*, edición semanal en lengua española, año XXXV, núm. 47 (1820), 21 de noviembre de 2003.

El servicio de la ciencia al hombre, a la sociedad y sobre todo a la verdad misma.

«Del carácter de servicio de la ciencia nacen obligaciones no sólo con respecto al hombre o a la sociedad, sino también, o tal vez sobre todo, en relación con la verdad misma. El científico no es un creador de la verdad, sino un investigador. La verdad se le revela en la medida en que le es fiel. El respeto a la verdad obliga al científico o al pensador a hacer todo lo que está a su alcance para profundizarla y, en la medida de lo posible, presentarla con exactitud a los demás.

«Ciertamente, como afirma el Concilio, «las cosas creadas y las sociedades mismas gozan de leyes y valores propios que el hombre ha de des-

"cubrir, aplicar y ordenar paulatinamente" (*Gaudium et spes*, 36) y, al respecto, es preciso reconocer las exigencias metodológicas propias de cada ciencia y arte. Sin embargo, conviene recordar que la única búsqueda correcta de la verdad es la que se realiza con un examen metódico de manera verdaderamente científica y respetando las normas morales. La justa aspiración al conocimiento de la verdad no puede descuidar jamás lo que pertenece a la esencia de la verdad: el reconocimiento del bien y del mal.

JUAN PABLO II: Discurso a un grupo de rectores de universidades y de centros de estudios superiores de Polonia, 30 de agosto. *L'Osservatore Romano*, edición semanal en lengua española, año XXXIII, núm. 36 (1706), 7 de septiembre de 2001.

Dimensión humanística de la ciencia.

«... hablar de la dimensión humanística de la ciencia nos lleva a analizar un aspecto, por decirlo así, «interior» y «existencial», que implica profundamente al investigador y merece particular atención. Como recordé, hablando hace algunos años en la Unesco, la cultura y, por tanto, también la cultura científica, posee en primer lugar un valor «inmanente al sujeto» (cf. *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 15 de junio de 1980, pág. 11). Todo científico, mediante el estudio y la investigación personales, se perfecciona a sí mismo y perfecciona su humanidad. Vosotros sois un buen testimonio de ello. En efecto, cada uno de vosotros, al pensar en su vida y en su experiencia de científico, podría decir que la investigación ha forjado y, en cierto modo, marcado su personalidad. La investigación científica constituye para vosotros, como para muchos otros, el camino para el encuentro personal con la verdad y quizá el lugar privilegiado para el encuentro con Dios, Creador del cielo y de la tierra. Vista desde esta perspectiva, la ciencia resplandece con todo su valor, como un bien capaz de motivar una existencia, como una gran experiencia de libertad para la verdad, y como una obra fundamental de servicio. A través de ella, todo investigador siente que puede crecer él mismo y ayudar a los demás a crecer en humanidad.

La verdad, la libertad y la responsabilidad están unidas en la experiencia del científico. En efecto, al comprender su camino de investiga-

"ción, comprende que debe recorrerlo no sólo con la imparcialidad exigida por la objetividad de su método, sino también con la honradez intelectual, la responsabilidad y, diría, con una especie de «reverencia», como corresponde al espíritu humano en su búsqueda de la verdad. Para el científico, comprender cada vez mejor la realidad singular del hombre con respecto a los procesos físico-biológicos de la naturaleza, descubrir aspectos siempre nuevos del cosmos, y saber más sobre la ubicación y la distribución de los recursos, sobre las dinámicas sociales y ambientales y sobre las lógicas del progreso y del desarrollo, se traduce en el deber de servir más a la humanidad entera, a la que pertenece. Por tanto, las responsabilidades éticas y morales relacionadas con la investigación científica pueden entenderse como una exigencia interna de la ciencia en cuanto actividad plenamente humana, no como un control o, peor aún, como una imposición externa».

JUAN PABLO II: Discurso a los participantes en la asamblea plenaria de la Academia pontificia de ciencias, lunes 13 de noviembre. *L'Osservatore Romano*, edición semanal en lengua española, año XXXII, núm. 47 (1665), 24 de noviembre de 2000.

La concepción de la ciencia en sentido amplio manifiesta su sentido de servicio al hombre y el bien común. Peligros de su utilización con otros fines.

«En el contexto de esta tensión todos somos conscientes de que las universidades y los centros de estudios superiores, que promueven directamente el desarrollo en las diversas esferas de la vida, desempeñan un papel clave. Por tanto, es necesario preguntarse cuál debería ser la forma intrínseca de estas instituciones, para que se lleve a cabo un continuo proceso de creación, de manera que sus frutos no sufran «alienación» y no se vuelvan contra su artífice, contra el hombre.

«Parece ser que el fundamento de la aspiración a esa orientación de la universidad es la solicitud por el hombre, por su humanidad. Cualquiera que sea el campo de la investigación, del trabajo científico o creativo, quienquiera que aplique en él su ciencia, su talento y sus esfuerzos debería preguntarse en qué medida su obra forja primero su propia humanidad; luego, si hace que la vida del hombre sea más hu-

mana, más digna de él, desde todos los puntos de vista; y, por último, si en el marco del desarrollo, del que es autor, el hombre «se hace de veras mejor, es decir, más maduro espiritualmente, más consciente de la dignidad de su humanidad, más responsable, más abierto a los demás, particularmente a los más necesitados y a los más débiles, más disponible a dar y prestar ayuda a todos» (Redemptor hominis, 15).

«Esta concepción de la ciencia, entendida en sentido amplio, mantiene su carácter de servicio. En efecto, la ciencia, si no se ejerce con sentido de servicio al hombre, fácilmente puede subordinarse a intereses económicos, con el consiguiente desinterés por el bien común, o, peor todavía, puede ser utilizada para dominar a los demás e incluida entre las aspiraciones totalitarias de las personas y los grupos sociales.

«Por eso, tanto los científicos maduros como los estudiantes principiantes deberían analizar si su junto deseo de profundizar en los misterios del conocimiento corresponde a los principios fundamentales de la justicia, de la solidaridad, del amor social y del respeto a los derechos de cada hombre, del pueblo o de la nación».

JUAN PABLO II: Discurso a un grupo de rectores de universidades y de centros de estudios superiores de Polonia, 30 de agosto. *L'Osservatore Romano*, edición semanal en lengua española, año XXXIII, núm. 36 (1706), 7 de septiembre de 2001.

La ciencia de las cosas mensurables ha sido incapaz de iluminar con su exactitud la realidad de lo que existe más allá de ella.

«En esta separación entre las cosas mensurables, y por consiguiente, «reales», y las inmensurables, y por eso «irreales», algunos han creído ver una gran conquista, que debería permitir al género humano alcanzar metas científicas, humanas y civiles cada vez más elevadas, asegurándole paz, unidad y bienestar, y liberándolo de las fuerzas oscuras de la superstición y de las creencias irracionales.

«La condición de muchos contemporáneos muestra, por el contrario, cómo esas doctrinas han producido frutos de índole muy diferente. La realidad mensurable con los más refinados medios técnicos ha resultado más pobre de lo que, con gran entusiasmo, se esperaba; mientras que, más allá de ella, ha ido extendiéndose el vasto territorio de lo incontrolable y, por tanto, de lo «no real». La ciencia, al frustrar las expec-

"lativas del cientifismo, ha sido incapaz de iluminar con su «exactitud» vastos campos de la experiencia humana. Es sintomático que en el arte, en la literatura y en el teatro, donde la conciencia del siglo presente se expresa de modo más agudo y dramático, se haya manifestado el sentimiento de lo absurdo, de la falta de sentido y de la condición «infernab» de la vida humana. El hombre se ha dado cuenta de la alienación trágica en la que termina por caer cuando se obstina en no reconocer que la realidad va más allá de los confines de la vara que se usa para medir. En efecto, el ser humano no puede renunciar a la sed que lo impulsa hacia el Absoluto. No puede resignarse a declarar irreal lo que no es capaz de controlar de modo experimental.

«A pesar de ello, existen orientaciones culturales que, al parecer, no quieren renunciar a la dirección de marcha emprendida. Tratan, más bien, de remediar la profunda condición de malestar del hombre contemporáneo sugiriéndole huir de esa realidad que ya sólo le causa sufrimiento, porque carece de sentido. La propuesta consiste en escapar a un mundo de sueño».

JUAN PABLO II. Mensaje del Papa a los participantes en el Congreso para la amistad entre los pueblos, celebrado en Rimini. *L'Osservatore Romano*, edición semanal en lengua española, año XXX, núm. 35 (1548), 28 de agosto de 1998.

Los descubrimientos de la ciencia se basan en la naturaleza «dada» por la Creación:

«Los científicos se acercan a la naturaleza con la convicción de que afrontan una realidad que ellos no han creado, sino recibida, una realidad que se revela lentamente a su paciente investigación. Perciben, a menudo sólo implícitamente, que la naturaleza contiene un Logos que invita al diálogo. El científico trata de plantear a la naturaleza las preguntas adecuadas, manteniendo al mismo tiempo ante ella una actitud de humilde receptividad e incluso de contemplación. Los nuevos descubrimientos no han disminuido de ningún modo el «asombro» que provocó la primera reflexión filosófica sobre la naturaleza y dio origen a la ciencia misma. En realidad, ese asombro aumenta constantemente y a menudo inspira un temor reverencial por la distancia que separa nues-

"tro conocimiento de la creación de la plenitud de su misterio y de su grandeza.

»Los científicos contemporáneos, ante la multitud de nuevos conocimientos y descubrimientos, perciben frecuentemente que se encuentran ante un horizonte vasto e infinito. En efecto, se puede afirmar que la inagotable prodigalidad de la naturaleza, con su promesa de descubrimientos siempre nuevos, señala, más allá de sí misma, al Creador, que nos la ha dado como un don cuyos secretos han de explorarse. Al intentar comprender este don y usarlo sabiamente y bien, la ciencia afronta constantemente una realidad que los seres humanos encuentran. En cada fase del descubrimiento científico, la naturaleza se presenta como algo dado. Por esta razón, la creatividad y el progreso por las sendas del descubrimiento, como todos los demás esfuerzos humanos, han de verse en último término sobre el trasfondo del misterio de la creación misma (cf. *Laborem exercens*, 12).

JUAN PABLO II: Discurso a los participantes en la asamblea plenaria de la Academia pontificia de ciencias, lunes 8 de noviembre. *L'Osservatore Romano*, edición semanal en lengua española, año 46 (1872), 12 de noviembre de 2004.

La crisis del sentido de la realidad en nuestro tiempo por el erróneo presupuesto del positivismo de que la certeza debe identificarse por la exactitud.

»El tema del encuentro, «La vida no es sueño», prosiguiendo idealmente la reflexión de la última edición, quiere poner de relieve la enfermedad profunda de nuestro tiempo: la crisis del sentido de la realidad, que viene a ser crisis de la relación del hombre con ella. El hombre de hoy advierte que su pensamiento se apoya en bases frágiles y a menudo inadecuadas para corresponder plenamente a toda la riqueza de la realidad. Algunas corrientes filosóficas ha minado hasta tal punto los fundamentos del conocimiento, que han llevado a plantearse la cuestión acerca de la existencia misma de la realidad.

»Todo esto causa un peligroso ofuscamiento de la mirada y una grave desorientación, que dificultan y a veces incluso impiden el enfoque de la realidad. Paradójicamente, este amargo resultado es fruto de

"un recorrido secular del pensamiento, que ha tratado de establecer a toda costa las condiciones que hacen posible la certeza. Pero lo ha hecho partiendo del erróneo supuesto positivista según el cual la certeza se debe identificar con la exactitud de las ciencias positivas. Eso ha tenido como consecuencia que la razón científica se ha arrogado a menudo el derecho de decidir de qué cosas se puede tener certeza, prestando escasa atención a las demás formas de conocimiento, por considerarlas inseguras.

»Desde esta perspectiva, «real» es lo que puede investigar el científico; lo que el hombre, en cierto modo, puede medir. Así, se excluye la posibilidad de hablar de Dios y de la naturaleza íntima de las cosas, por tratarse de realidades que no pueden verificarse experimentalmente y que, en consecuencia, por definición no son significativas.

JUAN PABLO II: Mensaje del Papa a los participantes en el Congreso para la amistad entre los pueblos, celebrado en Rimini. *L'Osservatore Romano*, edición semanal en lengua española, año XXX, núm. 35 (1548), 28 de agosto de 1998.

La autonomía de las ciencias termina donde la conciencia recta del científico reconoce el mal.

«Abordamos aquí la cuestión de la autonomía de las ciencias. Hoy, a menudo, se defiende el postulado de la libertad ilimitada de la investigación científica. Al respecto, sí, por una parte —como he dicho—, es preciso reconocer el derecho de las ciencias a aplicar los métodos de la investigación que le son propios; por otra, no se puede estar de acuerdo con la afirmación de que el campo de las investigaciones mismas no está sujeto a limitación alguna. El conflicto es precisamente la distinción fundamental entre el bien y el mal. Esta distinción se realiza en la conciencia del hombre.

»Por tanto, se puede decir que la autonomía de las ciencias termina donde la conciencia recta del científico reconoce el mal, el mal del método, del resultado o del efecto. Por eso es tan importante que la universidad y el instituto superior de ciencias no se limiten a transmitir conocimientos, sino que sean el lugar de la formación de la conciencia recta. En efecto, en esto, y no en los conocimientos, reside el misterio de la sabiduría. Y, como afirma el Concilio, «nuestra época, más que los siglos

«pasados, necesita esa sabiduría para que se humanicen todos los nuevos descubrimientos realizados por el hombre. El destino futuro del mundo está en peligro si no se forman hombres más sabios» (Gaudium et Spes, 15).

JUAN PABLO II: Discurso a un grupo de rectores de universidades y de centros de estudios superiores de Polonia, 30 de agosto. *L'Osservatore Romano*, edición semanal en lengua española, año XXXIII, núm. 36 (1706), 7 de septiembre de 2001.